

Tirada: 68.984

Difusión:

(O.J.D)

Audiencia: 147.476

(E.G.M)

Ref: 8181139



Diaria **Nacional** 

**Economia** 

2 a Edición 21/01/2017 Superficie: 1.017 cm<sup>2</sup>

89.92% Ocupación:

Valor: 9.996,90 €

Página:



1/1



## **COMIENZA LA ERA TRUMP**

## Neo-nacionalismo, neo-populismo y neo-cesarismo



Los ciudadanos están votando a políticos que prefieren cerrar sus fronteras, practicar la autarquía y el proteccionismo, o construir muros frente a la inmigración. El Brexit o la victoria de Trump son muestras de que las dinámicas de diálogo entre naciones parece que tocan a su fin.

ver los medios de todo el mundo se centraban en la toma de posesión de Trump. Pero no sólo Trump; Putin, Marie Le Pen o Theresa May (gestora del Brexit) también le sonarán. Son el reflejo del nuevo orden mundial. La sociedad y la política están cambiando a una gran velocidad. La Unión Europea se tambalea, partidos y candidatos hasta hace poco considerados co-mo *outsiders* de la política ganan, o amenazan con ganar las elecciones, y vuelven los liderazgos fuertes, co-mo el de Putin. Este cambio se puede resumir en torno a tres fenómenos: neo-nacionalismo, neo-populismo y neo-cesarismo.

La revista The Economist, recientemente abría su portada con el titular "New Nationalism", esto es, el nuevo nacionalismo que defienden personajes como los ya mencionados. El Brexit, la victoria de Trump o la apuesta por lo ruso de Putin no son más que muestras evidentes de que las dinámicas de diálogo entre nacio-nes e integración política están tocando a su fin. Los paneuropeísmos, los panamericanos, los panafricanismos... o la propia Alianza de Civilizaciones que defendía nuestro expresi-dente José Luís Rodríguez Zapatero son proyectos idílicos que se están abandonando.

Los ciudadanos están votando a políticos que prefieren cerrar sus fronteras, practicar la autarquía y el proteccionismo, o construir muros frente a la inmigración. No se trata, por tanto, de un nacionalismo cultural o étnico, como el vasco, el catalán o el escocés, sino de un nacionalismo político o "cívico", de un nacionalismo del Estado (es decir, no estamos hablando de reclamaciones de entes subestatales, que aspiran a ejercer el derecho de autodeterminación). En el nuevo orden mundial prima defender lo nacional: los intereses americanos, franceses o británicos,

La globalización tiene mucho que ver con el fenómeno del neo-nacionalismo y con el segundo problema: el neo-populismo. La globalización ha tenido muchos efectos positivos, sin duda, pero también ha dejado a muchas personas por el camino. Ocurre lo mismo con los acuerdos de integración económica y/o política, como la Unión Europea, el NAFTA, Mercosur, etc. Los efectos se han sentido en el mal llamado "primer mundo": muchas empresas han des-localizado su producción a los países emergentes o en desarrollo, donde la mano de obra es más barata. Las democracias occidentales se han convertido así en países del sector servicios, donde abundan los empleos baratos de camarero y escasean las



Una tradicional 'matrioska' rusa con los retratos del presidente saliente, Barack Obama, y el entrante, Donald Trump.

oportunidades para los licenciados, ya sean ingenieros, arquitectos o historiadores

Buena parte de esos ciudadanos. afectados por la globalización y sacudidos por la crisis económica mundial de 2008, han votado a partidos y/o candidatos populistas. La extrema derecha francesa, por ejem-plo, cuenta con un nutrido grupo de seguidores entre la clase obrera, paradójicamente. La modernización habría llevado también hacia nuevas formas de socialización (por ejem-plo, digitales) y hacia nuevos tipos de convivencia social, en ciudades cada vez más impersonales, donde la comunidad pierde peso y las personas se sienten más aisladas. Las redes sociales actuarían entonces como un medio de comunicación, de interconexión y de relación con el exterior. Y muchas personas encontrarían su lugar, su identidad, en los mensajes cortos, claros y sencillos del populismo, en sus proclamas contra el inmigrante, contra la casta, contra el sistema, en definitiva, contra los sistemas políticos actuales y su establishMuchos encuentran su identidad en los mensajes cortos, claros y sencillos del populismo

No estamos ante un nacionalismo cultural o étnico sino político o "cívico", del Estado

Los caladeros de voto de los partidos populistas no siempre están entre los sectores más vulnerables

ment. En consecuencia, nacionalismo y populismo van muchas veces juntos. En esa comunidad redescubierta, la Nación es donde reposan las virtudes del pueblo, cuyos valores son distintos a los de los "otros". De ahí que sea común el euroescepticismo entre buena parte de los partidos populistas de extrema derecha (UKIP, Frente Nacional...) y también entre los de extrema izquierda (Svriza, Podemos, Movimiento Cinco Estrellas...). La razón es simple: la Unión Europea obliga a diluir los intereses de la Nación (o del Estado-Nación) a favor de un espacio co-mún, el europeo, que no se identifica como propio. Bruselas es un espacio ajeno y alejado de las necesidades del pueblo, de lo que se deduce que las élites que toman las decisiones en Bruselas no estarían legitimadas pa-

Con todo, los caladeros de voto de los partidos populistas no siempre se encuentran entre los sectores más vulnerables, euroescépticos, solita-rios o desfavorecidos de la sociedad. De modo que se plantea la necesidad

de estudiar otras posibles causas que nos llevan a un neopopulismo, como la desafección de los ciudadanos con el sistema político, el desarrollo de discursos del odio, o el surgimiento de un populismo mediático. De he-cho, uno de los problemas más extendidos a nivel mundial, como alertaba recientemente un estudio publicado por el Pew Research Center (un think tank americano), es la de-safección, el descontento, de la población mundial con sus políticos y sus gobiernos. Fruto de este malestar generalizado, estamos asistiendo a un incremento electoral del populismo que va ligado a la tercera característica del nuevo orden mundial: el neo-cesarismo.

Llegados a este punto, no puedo evitar acordarme de El retorno de los Césares, un libro con un título más que sugerente, en el que José Manuel Otero Novas (ex ministro de la Presidencia con Adolfo Suárez) vaticinaba hace unos años los cambios que se avecinaban en el nuevo orden mundial. El libro nos recuerda que la historia es ciclotímica, como parece que sucede ahora con el calentamiento global, según dicen algunos científicos. Los ciclos de la historia serían de

dos tipos: habría ciclos "dionisiacos y otros "apolíneos". El empleo de la dicotomía entre lo dionisiaco y lo apolíneo no es nuevo, ya la recogían Nietzsche, Sigmund Freud, Thomas Mann o Herman Hesse, aplicado a sus respectivos campos, la filosofía, la psiquiatría o la literatura. Volviendo a la historia, los ciclos dionisíacos (acuérdense del dios Baco o Dionisos, de juerga permanente, disfrutando del alcohol y otros placeres, impasible ante espectáculos terribles o ante el sufrimiento de terceros) serían períodos históricos más belicosos, contradictorios y convulsos. Los momentos "apolíneos" (Apolo, dios de la belleza, la mesura, la tranquilidad) representarían fases más abiertas al diálogo y la negociación, a la integración y al acuerdo. Pues bien, parece que estaríamos viviendo la decadencia de nuestras de-mocracias "apolíneas" y nos acercaríamos a un período distinto, "dioni-

El nuevo orden mundial es, por tanto, un reto, ante el que tenemos que estar preparados. Es un reto para Europa y es un reto para nuestras democracias. Conviene estar alerta ante los cambios. Máxime si recordamos, como decía el canciller Bis-marck, que "la política no es una ciencia exacta".

Profesora titular de Ciencia Política Universidad CEU San Pablo